

## EN BUSCA DEL MISTERIO PERDIDO: LA ESPIRITUALIDAD EN LA POESÍA DE DAVID PUJANTE

## IN SEARCH OF THE LOST MYSTERY: SPIRITUALITY IN THE POETRY OF DAVID PUJANTE

Adrián Velasco Sainz

Universidad de Valladolid

### ABSTRACT

This work draws a discursive and diachronic line through the poetry of David Pujante (Cartagena, 1953) in order to help glimpse some of the thousand faces of the rich and complex polyhedron that represents his spirituality in its consolidated (in extension, space and time) poetic creation. In other words, a journey is carried out along the poetic and vital evolution of our author using his spiritual feeling as a guiding thread and delving into some poetic ideas that gravitate around this feeling and that at the same time make it up.

**Keywords:** David Pujante, spirituality, poetry, vital navigation, cultural tradition

### RESUMEN

El presente trabajo traza una línea discursiva y diacrónica a través de la poesía de David Pujante (Cartagena, 1953) con la finalidad de ayudar a vislumbrar algunas de las mil caras del rico y complejo poliedro que representa su espiritualidad en su consolidada (en extensión, espacio y tiempo) creación poética. En otras palabras, se lleva a cabo un recorrido a lo largo



de la evolución poética y vital de nuestro autor empleando como hilo conductor su sentir espiritual y ahondando en algunas ideas poéticas que gravitan alrededor de este sentir y que al mismo tiempo lo conforman.

**Palabras clave:** David Pujante, espiritualidad, poesía, navegación vital, tradición cultural.

Fecha de recepción: 1 de febrero de 2021.

Fecha de aceptación: 16 de febrero de 2021.

**Cómo citar:** Velasco Sainz, Adrián (2021): «En busca del misterio perdido: la espiritualidad en la poesía de David Pujante», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 5: 1-28.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2021.5.001>

## INTRODUCCIÓN

Anticipamos que este trabajo no pretende abrir un debate filosófico ni mucho menos teológico en torno a la naturaleza de la espiritualidad o de las creencias religiosas de David Pujante, aunque en ocasiones sea inevitable el comentario de ciertas concomitancias e influencias de carácter cultural y literario presentes en su vida y obra. A tal efecto, nos remitiremos a aquellos hechos biográficos proporcionados por David Pujante en sus diversas publicaciones y a los facilitados por el propio autor para la elaboración de este trabajo con el fin de comprender de manera más completa las circunstancias de nuestro poeta durante el proceso creador de cada obra. ¿Acaso no cercenaríamos parte del universo poético de David Pujante si eludimos los datos biográficos que él mismo comparte con su lector, sin ir más lejos, al comienzo de su obra *Itinerario* (Pujante, 2003)?

### 1. LA ESPIRITUALIDAD EN LA POESÍA DE DAVID PUJANTE

La espiritualidad en la poesía de David Pujante es una constante experiencia interior motivada por la simbiosis de sus vivencias personales, sus múltiples lecturas y sus experiencias culturales, todo ello expresado bajo una manifestación estética sincrética y a través, bien del *yo lírico*, bien de sus personajes poéticos<sup>1</sup>. Por ello, para reconstruir el sentir espiritual de la poesía de nuestro autor hemos de prestar especial atención a las manifestaciones de la cultura germánica —en especial del romanticismo alemán— y al paisaje anímico tanto del *yo lírico* como de los personajes poéticos que habitan su poesía, personajes que se erigen como buscadores incansables, ansiosos de infinitud, en cuya búsqueda radica la mayoría de sus derrotas y fracasos en su propósito de hallar lo trascendente.

El mundo creado con *La propia vida* (Pujante, 1986), su primer libro poético, se alimenta de la lectura de los clásicos griegos y latinos tras concluir sus años de estudiante, y de su entusiasmo por el romanticismo germano en sus diversas vertientes (poética, musical, pictórica, y teórico-literaria). Su emocionado interés por la cultura germánica nace y es cultivado durante sus veranos en Suiza y Alemania (Pujante, 2003: 13). En la poesía de

---

<sup>1</sup> En este sentido, podríamos hablar de una espiritualidad o espiritualidades que no siempre responden al más estricto sentido de espiritualidad religiosa (Martín Velasco, 1994: 10).

Pujante aparece un sentimiento de complicidad con la cultura germánica, sus manifestaciones artísticas y sus reinterpretaciones del mundo clásico. El sentir del romanticismo alemán le permite al poeta cultivar su espíritu melancólico y acercarse a la reconstrucción de ese cordón umbilical que nos une con la naturaleza en su estado más genuino: en otras palabras, al restañamiento del vínculo indisoluble de Eros y Tánatos<sup>2</sup>.

Tras la lectura, inmersión y asimilación de la creación poética de David Pujante proponemos el uso de la categoría *yo espiritual* para referirnos, en la mayoría ocasiones, a la voz del poeta al tratarse de un espíritu en perpetua construcción, esto es, un espíritu en el sentido que Hegel desarrolla en su célebre obra *Fenomenología del Espíritu* (2009: 537).

En abstracto, la navegación que traza el *yo espiritual* en busca del misterio perdido, a saber, la relación originaria e intuitiva con el mundo puede entenderse como una síntesis personal del desarrollo fenomenológico hegeliano del espíritu y de la idea de circularidad del idealismo neoplatónico, con su triada moné-pródodos-epistrophé, estructurada de manera sistemática por Proclo en sus *Elementos de Teología*, aunque con claros antecedentes en la obra de Plotino (Reale, 2000: 184)<sup>3</sup>.

Y, en concreto, la poesía de David Pujante se presenta como una navegación espiritual y circular en cuyo periplo el *yo espiritual* se desarrolla fenomenológicamente a través de los tres estadios de la conciencia (*conciencia, autoconciencia y razón poética*)<sup>4</sup>. A lo largo de esta navegación permanece latente el miedo al naufragio, al truncamiento de la vida con la muerte, al mismo tiempo que se dibuja un horizonte constante: el horizonte de la pregunta irresoluble por lo trascendente. Durante este periplo, cuatro son las vías que se presentan como solución cercana a la revelación de lo trascendente: la contemplación de la naturaleza; la contemplación del sueño; la Isla de la cultura y de las artes como espacio de libertad, de refugio y de máximo desarrollo espiritual; y el retorno a los orígenes, al tiempo petrificado de la preconciencia que otorga la infancia. A pesar de esto, en el transcurso de la navegación y tras convertirse en animal despierto, es decir, tras saberse vivo y adquirir el estadio de *autoconciencia*, el *yo espiritual* descubre que conoce muy pocas certezas al fin y al cabo y que

<sup>2</sup> Véase (Pujante, 2017: 209).

<sup>3</sup> La idea de circularidad está presente tanto en sus libros poéticos como en su creación poética en conjunto. En este trabajo también se propone un comentario circular a través de un relato que trata de reconstruir algunas facetas que conforman su viaje espiritual. La triada moné-pródodos-epistrophé (permanencia-procesión-retorno) otorgó a los primeros autores neoplatónicos el eje paradigmático que explica la procesión causal de la realidad como un todo (Gersh, 1979: 45, en Ballon Villanueva, 2018: 28). Para más información acerca del neoplatonismo, en particular de la obra de Proclo, véase Beierwaltes (1979).

<sup>4</sup> Creemos más apropiado para nuestro trabajo la síntesis de la idea hegeliana de «Razón» (Hegel, 2009: 337) y la idea de «razón poética» de María Zambrano (2004).

ninguna de las vías satisface la pregunta por lo trascendente: solo el retorno a los orígenes de la preconsciencia, del conocimiento intuitivo, de la liberación del sentimiento. Este retorno a los orígenes, sin embargo, solo se vislumbra mediante la memoria y la intuición poética, conocimientos que, aunque cercanos, no logran el sentimiento vívido de plenitud que otorga la infancia. Ante la falta de respuestas y su profundo desgarramiento interior, llega el tiempo de la espera. Ya en el atardecer de su periplo vital, «el tigre de la muerte acecha» (Pujante, 2019: 133) como nunca y sobrevuela una posible solución heroica y ficticia que permite retornar a la unión indisoluble con el mundo: la idea de suicidio.

Aventurémonos en esta navegación, al fin.

### 1.1. LA NAVEGACIÓN Y EL PEREGRINAJE DE LA VIDA, EL HORIZONTE CONSTANTE DE LA IRRESOLUBLE PREGUNTA POR LO TRASCENDENTE, Y EL MIEDO AL NAUFRAGIO.

La creación poética de David Pujante se erige como un constante peregrinaje por la vida, como una navegación vital y espiritual en cuyo periplo circular de retorno a los orígenes se dibuja un horizonte constante: la irresoluble pregunta por lo trascendente. De todas sus composiciones, el poema «Las edades» de su primer libro *La propia vida* es quizá el que mejor represente la síntesis de estas ideas poéticas. En este largo poema se poetiza la composición pictórica *Las edades* del pintor del romanticismo alemán Caspar David Friedrich<sup>5</sup>. El *yo espiritual*, que aparece al final del poema, se identifica con las palabras que el caballero o navegante de vuelta, que acompaña a su familia, su mujer y sus hijos, dirige a la Muerte personificada en el viejo desmelenado bajo sombrero chambergo de la pintura:

Huésped de lamentosa melena grasienta  
bajo sombrero chambergo,  
viejo del sobresalto, Muerte—  
desciendes hasta estas rocas donde me avistas postrado  
y solo soy el ojeador del mar. (Pujante, 1986: 79)

En esta composición, por tanto, se trasluce el tema de la navegación de la vida y el miedo al naufragio, toda una metáfora cultural desarrollada bajo el prisma de lo vital y de lo espiritual. El navegante de vuelta contempla la repetición de una escena similar a la que él vivió cuando partió para iniciar el camino de la vida, abandonando de niño a sus padres.

---

<sup>5</sup> Este poema, que constituye el núcleo de la tesis de este trabajo que proponemos, es uno de los más estimados por nuestro poeta y posiblemente écfrasis alegórica y espiritual del propio autor.

Ahora es el momento de vivir esta experiencia como padre y contemplar la partida de sus hijos. Las barcas portan a los niños hacia el viaje, los cuales retornan mayores. Al igual que los niños, en la imaginación creadora del *yo espiritual* las barcas también crecen, convirtiéndose en enormes navíos. Aquellos que sobreviven al viaje, como nuestro navegante de vuelta, regresan a la costa final para entregarse a la muerte. Sin embargo, muchos perecen durante la navegación, pues este periplo está repleto de peligros y de la posibilidad del naufragio; en fin, de la muerte prematura:

Por el alto confín me fui enterando  
de que hay navíos náufragos que no vuelven jamás  
a esta costa de origen. (Pujante, 1986: 80)

También hay vidas que se truncan lamentablemente durante el comienzo de su partida sin apenas emprender el viaje:

Los hay que, apenas salen, se engolfan en las rocas de algún acantilado. (Pujante, 1986: 80)

E incluso hay vidas que ni siquiera emprenden su propia navegación, siendo devorados por «palomas costeras carniceras» o «reptiles noctívagos»:

Y, al regreso, he sabido también, con estupor,  
que hay hombres que ni parten, comidos por palomas  
costeras carniceras que yo no he visto nunca,  
o reptiles noctívagos que acechan en sus grutas  
la noche sacrificial. (Pujante, 1986: 80)

Como se desprende de estos versos, estas palomas carniceras no llegaron a ser vistas por el caballero que se dispone a iniciar el rito de despedida de sus hijos, pues él sí emprendió su propia navegación y, una vez regresado, a pesar de los peligros que este periplo entraña, sabe que a los hombres les entusiasma el viaje de la vida. Y por ello teme por sus hijos, por la posibilidad de que naufraguen durante su navegación o, peor aún, perezcan sin emprenderlo. En cierto sentido, el poema ensalza la vitalidad del hombre que opta por vivir y emprender su propio viaje, sin ocultar tampoco «los deseos impracticables, las desilusiones horribles, la sed infinita en mitad de las aguas». El navegante de vuelta se presenta como un espíritu con anhelos de conocer, de sumergirse en el mundo, de echarse al mar, de experimentar el complejo misterio del vivir, el misterio que portan los enormes navíos que logran tornar:

Una bandera de dolor clavó a mi vera, en el montículo.  
Y me embarqué sin tregua y sin contrato.  
Yo entonces no sabía lo que era un galeón  
ni de qué modo te vician los viajes los tiernos hombros

hasta desfallecer de deseos impracticables,  
de desilusiones horribles, de una sed infinita  
en mitad de las aguas...  
Me embarqué —te decía— sin conocer el mar.  
Sin saber el misterio de las naves que tornan,  
después de haber crecido con la magia del tiempo y el alejamiento [...]. (Pujante, 1986: 80)

Asimismo, el navegante de vuelta dice más adelante a este propósito:

Las lenguas encendidas de los cielos nos intimidan a veces,  
los negros remolinos salitrosos nos paran los pulsos,  
pero es dulce para el marinero de la vida  
su húmedo diálogo diario con el mar.  
Y acaba amando lo único que tiene: lo que es.  
Si esto es penoso y apenas nada,  
más triste es asomarse un día al mar para no navegar nunca por él. (Pujante, 1986: 82-83)

Esta navegación de la vida, toda una travesía que desea que emprendan sus hijos, ha sido, en definitiva, un aprendizaje y un triunfo para nuestro personaje. El viaje es lo verdaderamente importante. No importan las inclemencias, los tropiezos o el acecho del naufragio. La navegación por sí misma es la meta:

Yo, que he marchado y he vuelto,  
y me he visto crecer, robustecerse mis brazos,  
ganar a la Naturaleza poder para mi autodefensa  
y a la Sabiduría creadora néctar para mi cerebro inteligente,  
puedo llamarme afortunado  
si pienso en los occisos. (Pujante, 1986: 81)

A mitad del poema, el navegante de vuelta rememora cómo durante su infancia, en la misma costa, su madre le marcaba el camino para transformar su temor en decisión e iniciar su navegación en una pequeña barca. Mientras tanto, su padre lo miraba con la querencia del inicio de su travesía hacia el aprendizaje de la vida, pero con la preocupación nacida de la sabia certeza de las tristezas y melancolías que esta navegación vital y espiritual suponen para el hombre:

También ante mí había un hombre de mi edad ahora,  
mirándome con calma, sin hablar,  
pero con emocionado gesto algo distante y preocupado;  
un poco osco [sic], mas profundamente bondadoso. (Pujante, 1986: 81)

Ahora su inquietud radica en el inicio de la navegación de sus hijos, pues en ocasiones, como sucede en el final trágico de esta composición, la muerte implacable o destino, personificada en el viejo, agita su bastón para que la tierra se desmorone y el niño se despena sin haber iniciado el viaje por el mar de la vida, el mayor temor de cualquier padre.

No obstante, incluso cuando el *Fatum* se impone de manera trágica, «Grave es morir, mas natural agravio»<sup>6</sup>, es decir, la muerte es connatural al hombre desde su nacimiento, pues *en nuestro principio está nuestro fin*:

El viejo, en silencio —quizás no lo escuchaba—,  
apoyó su bastón en una roca  
sobresaliente allá, junto al barranco.  
Alguno de los niños se lanzó a la carrera de repente.  
Los otros, asustados, llorosos, le gritaban.  
El viejo abrió los brazos. Su bastón resonó con triple golpe.  
Cedió la roca y despeñose el niño.  
Grave es morir, mas natural agravio. (Pujante, 1986: 83)

Así nos presenta David Pujante «la rueda de la vida» o ciclo de las ánimas: como una navegación del hombre cuyo inicio tiene lugar en la infancia, sobre una pequeña barca, y cuyo fin, si esta no naufraga truncando la vida, se da con el regreso de un enorme navío. Porque, aunque el hombre sea consciente de que de «nada vale partir para volver», este siempre ama lo vivido; y en cuanto al miedo al naufragio «Grave es morir, mas natural agravio», es decir, la muerte acompaña al hombre desde su primer instante en el viaje de la vida.

Hemos podido comprobar, en suma, cómo en el trasfondo romántico de este poema ya aparece la presencia de la naturaleza, concretamente del mar —todo un mito simbólico en el universo imaginístico de Pujante—, que en este caso simboliza la vida como navegación y el miedo al naufragio. En este poema, no obstante, el paisaje alegórico se desprende de la contemplación de una representación pictórica, a diferencia de lo que sucede en *Estación marítima* (Pujante, 1996), obra en que se produce una contemplación directa de la naturaleza, una adquisición del paisaje con el propósito de hallar respuestas a las incógnitas de la vida. En ambos casos, sin embargo, el *yo espiritual* se mantiene en la primera figura fenomenológica: la *conciencia*.

---

<sup>6</sup> Adviértase la presencia de la filosofía senequista, con una notable presencia de su obra *Epístolas morales a Lucilio*, en la creación poética de David Pujante. Y, más concretamente, de su visión retrospectiva de la muerte (*Nascendo Morimur*) y su *res* filosófica *Mors naturae lex est*.

## 1.2 ALGUNAS POSIBLES VÍAS QUE A LO LARGO DEL VIAJE SE PRESENTAN COMO SOLUCIÓN CERCANA A LAS INCÓGNITAS DE LA VIDA<sup>7</sup>

### 1.2.1 LA CONTEMPLACIÓN DE LA NATURALEZA

Una de las paradas de nuestro autor durante su viaje tiene lugar en su tercera estación marítima<sup>8</sup>. *Estación marítima* (Pujante, 1996) es el libro poético donde la contemplación de la naturaleza, que parece tener resuelto todo lo que al hombre alcanza, se presenta con mayor intensidad como una posible solución cercana a la pregunta por lo trascendente. El mar, las brumas (tanto físicas como anímicas), las lluvias intensas, los granizos persistentes, el frío físico del entorno como contrapeso del añorado, claro y caluroso paisaje levantino, y las muchas soledades y angustias del poeta serán los motivos que desencadenen la reflexión y las inquietudes de nuestro autor por las preguntas irresolubles sobre las incógnitas de la vida (Díez de Revenga, 1996: 107).

El *yo espiritual* muestra algunas de sus inquietudes trascendentes y su búsqueda de respuestas en la contemplación de la naturaleza en el «Pórtico» que, a modo de obertura, da entrada a *Estación marítima* con un largo y único poema titulado «Años de aprendizaje» del que extraemos un fragmento que, a nuestro criterio, ejemplifica a la perfección lo dicho a este propósito:

Y entre los barrotes escurridizos  
de la blanda prisión de la lluvia,  
busca mi mirada, ardiente como la de un orate,  
entre los árboles, y en el romero, y en el tojo,  
una respuesta de la Naturaleza  
a todas las incógnitas de la vida;  
porque ir a los orígenes puede ser un camino,  
y porque sin duda estoy en esta nueva estación marítima  
por algo. Y no cejo en mi seguridad, para no desesperar. (Pujante, 1996: 13)

<sup>7</sup> En este trabajo proponemos cuatro vías sin descartar la existencia de otras como, por ejemplo, el amor.

<sup>8</sup> Creemos pertinente anotar que el periodo creativo de *Estación marítima* se corresponde con el paso de David Pujante a la enseñanza universitaria en Galicia, con la ruptura emocional con el pasado, y con un gran dolor íntimo producido por la inmersión en un mundo académico repleto de intrigas y enemistades (Pujante, 2003: 18). En La Coruña, durante la estancia de nuestro autor, existía un puerto (ya desmantelado) que se llamaba «Estación marítima» y el título del libro supone un guiño a su estadía en esta ciudad mientras componía el libro. Sin embargo, su significado trasciende lo anecdótico. La Coruña supuso su tercera estación marítima, una estación junto al mar atlántico, un nuevo mar para nuestro autor, un horizonte nuevo de preguntas y respuestas. Su primera estación marítima fue Cartagena, su ciudad natal, y la segunda lo fue Barcelona, ciudad en que David Pujante vivió durante parte de su formación universitaria.

Con estos versos se crea una bellísima imagen poética que expresa un posicionamiento de contemplación equidistante del *yo espiritual* con respecto a la naturaleza y su misterio. Su mirada, ávida de respuestas, se enfrenta a un paisaje que conforma una cárcel anímica, pero que parece contener las respuestas a lo trascendente.

En los primeros cuatro versos de «Años de aprendizaje», se revive al personaje San Brandán, que muestra cómo la navegación vital y la espiritual pueden conducir a la consecución del objetivo, aunque solo sea un ensueño que sume al hombre en el péndulo irresoluble entre la «visión o delirio de su mente», es decir, entre la revelación divina y el delirio humano:

estas tierras, de las que partió San Brandán  
para llegar al Paraíso en un ensueño:  
un sueño que luego siempre lo atormentó,  
pues no sabía si era visión o fiebre de su mente; [...] (Pujante 1996, 11)

Acto seguido, el *yo espiritual* muestra su perplejidad ante un paisaje al que le ha conducido el destino y que le es ajeno, pero en cuya contemplación en su estado más puro trata de descubrir el misterio de la vida:

qué decir de esta tierra  
a la que, sin pensar, me condujo el Destino  
y por la que deambulo, intentando descubrir,  
yo, tan ajeno a lo rural,  
qué quiere enseñarnos la Naturaleza en sus distintos acentos  
de verde, o con el susurrar eterno de las hojas? (Pujante, 1996: 11)

La voz del poeta intuye que la naturaleza porta conocimientos que proporcionan otra manera de entender el mundo, de un vivir en armonía con el todo que no es otra cosa que la armonía con el resto de la naturaleza, una armonía que las olas muestran, que los árboles proyectan. Sin embargo, algo que parece tan sencillo de alcanzar en un vegetal, que le es connatural a su vivir, es muy difícil de lograr para el hombre:

Yo que siempre desdeñé el Medievo,  
ahora me siento un poco ese Brandán  
que silencioso recorre las rías del norte  
preguntando dónde están las joyas que trajo del Paraíso:  
la única certeza de futuro en su peregrinaje por la vida.

Soy en parte un Perceval dubitativo,  
que busco en el serio cabeceo de los sabios abedules  
el misterio de mi ser. (Pujante, 1996: 13)

El agua que corre por la ría, el viento entre las ramas, una lectura en mitad de toda esa apacibilidad del vivir natural, nos ofrecen por un momento la «feraz satisfacción» tan anhelada. De ahí la interrogación que cierra el poema «Liev Nikoláievich Tolstói»:

No es fácil el vivir, pero hay momentos  
en que el agua que corre por la ría,  
lenta y suave, las pequeñas barcas  
de los mariscadores,  
el viento entre las ramas de unos árboles  
que empiezan a sentir la primavera,  
la lectura tranquila y reposada  
de Guerra y paz, de nuevo,  
nos ofrecen feraz satisfacción.  
¿Tan sencilla es la vida, aunque nos sea  
tan difícil vivirla? (Pujante, 2002: 37-38)

Su identificación parcial con los personajes San Brandán y Perceval, asimismo, permite comprender el poema «*Navigatio* (El sueño de San Brandán)», conformado por tres secciones, como una unión del tema de la navegación vital y espiritual del hombre y de la búsqueda del sentido de la vida mediante la contemplación de la naturaleza, una naturaleza que parece conocer los misterios no revelados al hombre. En ocasiones, esa contemplación de la naturaleza, que es un vivir frente a frente poeta y naturaleza, un intento de desentrañar ese telón misterioso ante nosotros, parece dar un signo, un signo que es una respuesta que, sin embargo, el poeta no logra descifrar. Reproducimos, en primer lugar, parte de la primera sección de dicho poema:

[...] Mi alma inquieta,  
como otras tantas tardes, tantas albas,  
tantas noches insomnes,  
quiere saber. ¿Lo logrará algún día, Señor?

Los árboles se mecen en la orilla.  
Parecen responder  
con un acompasado sí de duda seria.  
Como viejos cortesés  
que han dado con las claves que a los hombres nos faltan,  
mueven lentos sus copas  
de un lado para el otro.  
Pero ¿cómo entenderlos?  
No comprendo su idioma tan cruelmente sencillo.

Entre escamas de luz, cruza mi barca,  
alegre, por encima del sosegado abismo,  
lentamente bogando. (Pujante, 1996: 49)

En la tercera sección, San Brandán, pasados los años, continúa con la empresa de su navegación, aunque ahora con el miedo al naufragio muy presente, con el temor hacia la tempestad, esa voz bestial del mundo que transita del alma del hombre a la naturaleza y viceversa, alimentándose de ambos y transformándose en otro misterio todavía más oscuro. En su búsqueda y anhelo de infinitud radica el fracaso en hallar lo trascendente:

Han pasado los años.  
Mi ansioso corazón aún sigue departiendo  
consigo por el ancho, plateado mar del mundo.  
Hacia una tempestad inesperada  
va, hacia alguna corriente oscura submarina  
o hacia esa inavistada roca firme  
que al fin lo abatirá.

[...] Y al mar creo escucharle —pero no estoy seguro—  
un armonioso acento de respuesta  
que fructifica en juego de sus olas. (Pujante, 1996: 50-51)

### 1.2.2 LA CONTEMPLACIÓN DEL SUEÑO

El sueño constituye una cara fundamental del poliedro espiritual de la poesía de David Pujante. Este tema eminentemente barroco se presenta desde una perspectiva contemplativa y adquiere una significación de viaje ascético en *Animales despiertos* (Pujante, 2013): la ascética del sueño.

En *Estación marítima*, además del personaje San Brandán con su poema «*Navigatio*», que también se nos presenta a través del sueño como se desprende de su subtítulo, otro personaje trascendente en esta búsqueda de respuestas del misterio de la vida lo encontramos en el poema «Los misterios de Patmos». San Juan<sup>9</sup>, a quien la revelación se le presenta en forma de sueño, es incapaz de desentrañar el significado de «los símbolos incendiarios del sueño revelador» y se sume en una mayor angustia, solo resoluble con otra revelación o con otro sueño, «el sueño de la muerte»:

Y dicen que, en inciertos días grises,  
junto al embravecido mar del norte,  
se angustiaba su rostro recordando el pasado,  
preguntaba a las nubes de espuma de sus costas: ¿soñar es conocer?,  
buscaba un nuevo sueño que lo tranquilizara (el sueño de la muerte),  
otra revelación que completara  
los misterios de Patmos.  
Pues era dura carga, en demasía,

<sup>9</sup> David Pujante hace transitar al personaje San Juan por las tierras y el paisaje del norte. Se trata de una reformulación personal de la tradición cultural cuya significación trasciende el juego erudito y adquiere un sentido más profundo para nuestro autor, un sentido de identificación vida-poesía-tradición cultural.

ser voz de la verdad, haber paseado  
los encendidos cráteres del saber más profundo,  
tener los pies quemados un día en sus caminos,  
sin llegar a entender jamás qué muestran  
los símbolos incendiarios del sueño revelador. (Pujante, 1996: 48)

La contemplación del sueño adquiere un sentido más reflexivo y autocontemplativo cuando el *yo espiritual* se sabe consciente de sí mismo, cuando se transforma en animal despierto. Así, en «Las aguas del dormido (El sueño de Escipión, siglo XXI)», poema que cierra la tercera parte titulada «El sueño» de *Animales despiertos*, se produce un viaje del supuesto cuerpo astral del personaje Escipión, pero no se contempla ninguna vida futura como sí sucede en el célebre *Sueño de Escipión* ciceroniano<sup>10</sup>. En este poema se regresa del sueño, que debió ser iniciático y no lo fue, al «cuerpo de piedra» sin saber nada certero al fin, siendo consciente de que su alma se ha elevado mediante solo un sueño, como ocurre en el sueño de San Brandán:

Me tumbo junto al cuerpo que descansa.  
Me fundo con el cuerpo que reposa,  
sin saber nada al fin. Todo está oscuro.  
¿Qué es esta oscuridad de mi regreso?  
¿Adquirir la consciencia de que no hubo viaje?  
¿Saber, con mi dolor de ansias frustradas,  
que solo alzo la frente desde un sueño,  
el aire de la vida, sobre un agua durmiente? (Pujante, 2013: 68)

Esta contemplación del sueño de *Animales despiertos* se inserta en el estadio de *autoconciencia* en que se trata de resolver la dialéctica entre el sujeto y el objeto mediante la contemplación de su propio sueño. Y en *Galería* (Pujante, 2020), concretamente en el poema titulado «El muchacho de Cross Plains prepara su revólver», el sueño se presenta como posible vía reestructuradora del mundo infantil y de la memoria con la referencia a la mítica labor del personaje de Penélope:

Ha transcurrido el tiempo  
—¡tiempo inmisericorde, destructor!—  
y ahora le pido al sueño cada noche  
que, con sus tenues hilos,  
reconstruya un pedazo de aquel mundo infantil,  
aún sin discordias.

[...]Parezco una Penélope, que quisiera tejer  
—tejer y destejer, continuamente—  
aquel pasado, hacerlo eternamente ahora

---

<sup>10</sup> Se trata de otra reformulación personal de la tradición cultural a través del prisma de la modernidad, un artificio recurrente en la poesía de David Pujante.

en un bucle de tiempos imposibles. (Pujante, 2020: 104-106)

Téngase en cuenta, además, retomando la idea de circularidad, que parte del título del primer poema de su primer libro poético, *La propia vida*, es «El sueño de una sombra», herencia de un verso de Píndaro que al mismo tiempo titula su penúltima obra *El sueño de una sombra* (Pujante, 2019). Esta concepción según la cual tanto el hombre como todas las aparentes certezas conocidas y meditadas de la vida son un sueño responde a la concepción de desengaño que vertebra *El sueño de una sombra*.

### 1.2.3 LA ISLA DE LA CULTURA COMO ESPACIO DE REFUGIO, DE LIBERTAD, Y DE MÁXIMO DESARROLLO ESPIRITUAL

Mientras que en *Estación marítima* el *yo espiritual* busca en la contemplación del paisaje las respuestas a las incógnitas de la vida, paralelamente también va construyendo su particular *Isla* de la cultura hacia la cual dirige su navío<sup>11</sup>. Se trata de una Isla accesible para el navegante de la vida que se enfrenta al miedo y opta por vivir, por seguir bajo el imán del entusiasmo, de la perplejidad. Un fragmento del largo poema inicial «La Isla o los versos del mundo» de *La Isla* (Pujante, 2002) dice así:

El óbolo para que el fiel barquero  
nos conduzca a su costa  
es la perplejidad. (Pujante, 2002: 16)

*La Isla* constituye un espacio interior de mayor reflexión poética, sin tantas concesiones descriptivas y con un mayor trazo de la relación entre vida y poesía<sup>12</sup>. En *La Isla* el viaje interior se proyecta a través de sus personajes, como André Guide en el poema «André Guide decide su viaje a África»:

¿Qué podemos lograr de lo que nos conviene  
y en dónde nos aguarda nuestra verdad más íntima?  
No lo sé; sin embargo,  
una vez en la vida por lo menos,  
nos tienta tanto el viaje que hemos de iniciarlo.  
Puede ser el comienzo de nuestra destrucción definitiva.  
¿Pero, no habríamos de emprenderlo, si estamos en la miseria? (Pujante, 2002: 32)

<sup>11</sup> *La Isla* fue compuesto por David Pujante en el periodo comprendido entre la última parte de su estancia en La Coruña y su posterior estancia en Valladolid, que se prolonga hasta hoy.

<sup>12</sup> *La Isla* de la cultura siempre ha sido un refugio para David Pujante. En ella ha convivido con hombres que habían emprendido y culminado el viaje de la vida antes que él. Las obras de estos hombres han sido alimento para nuestro autor y el arte ha sido siempre el espacio que lo ha puesto en paz con el vivir; ese espacio que, como dice el poema «La constante renuncia del Duque de Urbino» de *Galería*, «permite el trato / entre hombres que anhelan y huesos que se pudren». (Pujante, 2020: 69)

El comienzo de nuestro caminar por la vida, por tanto, es inexcusable, aunque la travesía produzca sentimientos de ansiedad y angustia, como en «Mapplethorpe encuentra su camino»:

Bajo un cielo de miedo incontrolado,  
los hombres transitamos inevitablemente;  
por en medio del ansia,  
de su agua impalpable, que no vemos,  
y que nos quiere ahogar en mitad de las sombras del  
túnel de la vida. (Pujante, 2002: 37)

Un camino tan necesario como la propia muerte:  
Vivir es un peligro.  
Y morir es necesario. (Pujante, 2002: 39)

Esta *Isla* de apartamiento para el hombre constituye el núcleo del pensar poético del *yo espiritual*. Supone un posicionamiento de unión de todas las artes (de la más material a la más abstracta: pintura, poesía, música) en una especie de *estética del Todo*, una unión de psique y estética, de pensamiento y sentimiento, una escritura poética que no solo difumina los límites tradicionalmente trazados entre los géneros literarios lírico y narrativo mediante el empleo de sus «fragmentos épicos» y «máscaras históricas»<sup>13</sup>, sino que también desdibuja los confines fronterizos entre la literatura y las demás artes. Así lo expresa el poeta en el poema «La Isla o los versos del mundo»:

[...] la isla del arte y de las letras.  
Un lugar donde se recluyeron,  
[...] donde se refugiaron para la reflexión.  
Isla de apartamiento,  
[...] y que todo lo envuelve y hace uno,  
[...] de tantos fugitivos a quienes les resulta  
—si bien inútilmente— imprescindible  
encontrar la respuesta  
a todas las preguntas oscuras y vacías  
que formulan las ansias, los deseos del espíritu inquieto.  
[...] donde oír con sordina el duro mundo  
envuelto en celofán de ritmos, de sonidos, de colores; (Pujante, 2002: 15-16)

<sup>13</sup> En el comienzo de *Galería* escribe nuestro poeta: «En algún otro momento he dejado constancia escrita de la impronta de la épica en mis gustos y lecturas, y también en mi modo de escribir. Decía entonces que si yo tuviera que definir mis poemas más narrativos, tan llenos de voces distintas y provenientes de mis múltiples experiencias lectoras, yo hablaría de fragmentos épicos. Pero sería un error considerarlos un ejercicio culto. Son un ejercicio de timidez. Me sentí, desde muy joven, necesitado de contar mis gustos, mis temores, mis deseos, mis pensamientos; pero a la vez, incapaz de contarlos directamente, de forma desnuda. En Cavafis descubrí que podía utilizar una serie de máscaras históricas para ser yo sin mostrarme al desnudo. Y así lo comencé a hacer, y, como me sentí a gusto, seguí haciéndolo. ¡Y cuánto! ¡Solo hoy, al mirar hacia atrás, me doy cuenta!». (2020: 7)

De todas las artes, quizás sea la música la que mayor refugio le proporciona durante su periodo creador norteño<sup>14</sup>. La música se erige como lenitivo para el espíritu y como vía ascética para hallar «el perfecto absoluto»<sup>15</sup>. Este refugio en la música puede apreciarse en el poema «Años de Aprendizaje» de *Estación marítima*:

Y escucho sin cesar óperas, para que viva en mí,  
como rescoldo al menos, el amor: que está en letargo,  
sólo literatura y música.

Y distraigo mi soledad con el viejo arte de la rima,  
a veces haciendo décimas, de dudoso valor.

Y estoy aquí, más solo que he estado antes.  
Si es que la soledad, cuando se muestra,  
atiende a gradaciones y matices. (Pujante, 1996: 13-14)

La música en que se refugia el *yo espiritual* es la creada por el compositor Johann Sebastian Bach. Su música le despierta diferentes sentimientos y sus composiciones entreveran una concepción pitagórica de la música y del cosmos. Citamos, a este propósito, dos fragmentos pertenecientes a «Años de Aprendizaje»:

En tanto, en esta tierra gris, de hombres sinuosos,  
redescubro, en las tardes monótonas y repetidas,  
de llovizna pertinaz,  
los oscuros misterios de la música,  
y con Leonhard comulgo  
la imposibilidad de explicarnos a Bach,  
el misterio de la gracia que le otorga  
la suave mano de la musa.

Y temo muchas veces penetrar en el Arte de la fuga  
o perderme en la inteligencia que derrocha  
la Ofrenda musical<sup>16</sup>;  
disfrutando las variaciones Goldberg  
y las complejas florituras que hizo  
aquel genio alemán sobre los sencillos corales  
de los domingos de mi infancia protestante. (Pujante, 1996: 12)

Y es que la concepción pitagórica de la música como geometría del número entre los espacios de las esferas y su capacidad para vislumbrar lo divino se expresa con mayor

<sup>14</sup> La música ha sido permanente en la vida de David Pujante y su importancia se presenta en casi todos sus libros poéticos.

<sup>15</sup> La búsqueda del «perfecto absoluto» a través de la música ya aparece en el poema «Anton Webern» de *La propia vida*.

<sup>16</sup> Téngase en cuenta que el título de uno de los cánones de la *Ofrenda musical* de Bach es *Quaerendo invenietis* («buscando hallaréis»), una cita bíblica que parece acompañar al *yo espiritual* a lo largo de su viaje.

profundidad en el poema, también de *Estación marítima*, dedicado a Bach «El cálido tocar de suave mano otorgando noble gracia»:

Todo está en esta música: infinito  
significar, correspondencias mudas,  
lo divino anidando en la materia  
por el tesón y por la comprensión,  
y el cálido tocar de suave mano  
impalpable, otorgando noble gracia.

Todo está en esas oberturas hechas  
a la francesa, en esos largos coros  
a cuatro y a seis voces.  
Todo está en esas arias  
de aliento singular, y en los corales  
de Lutero y Melanchton, o en las danzas  
renacentistas del campesinado.

Todo está en relación, todo se busca,  
todo encuentra su solución perfecta y armoniosa  
en la pequeña habitación del músico  
de la corte alemana.

Con aromas de populares aires  
o en solemnes oficios reformados  
da la armonía esencial de las esferas.

Y al sentir que una mente ha recogido  
todos los modos del quehacer creador,  
vamos entrando en un vahído oscuro,  
se anulan las propuestas razonables  
para entender la fuerza y el prodigio;  
y así vamos dudando  
cada vez más de la razón estrecha  
como causa motor de la creación.  
Y así vamos cayendo lentamente  
en la angustia, al no encontrar un modo  
de asumir la grandeza que miramos,  
y simplemente optamos por decir:  
he aquí el genio de Bach,  
y, balbucientes, queríamos decir: he aquí el misterio  
de la creación, de la esencia del mundo,  
y he aquí el misterio de nosotros mismos. (Pujante, 1996: 41-42).

En *Animales despiertos*, la capacidad terapéutica de la música —noción también pitagórica y que entronca con la idea del filósofo alemán Novalis según la cual «toda enfermedad es un problema musical, toda cura es una solución musical» (Pujante, 2013: 71)— aparece sobre todo en el poema «Variaciones Goldberg». La creación curativa bachiana suena para curar los insomnios del conde Keyserling, interpretada por el joven teclista Gottlieb Goldberg como símbolo de la cima del conocimiento humano y de la creación musical más sublime de la historia:

---

[...] el Conde ya dormido,  
por estas variaciones saludables,  
los cien luses de oro en la copa de oro  
por estas impagables variaciones de Bach,  
lenitivo perfecto a la imperfecta vida. (Pujante, 2013: 53)

Retomando el regreso a *La Isla*, esta se levanta como espacio para pensar el sentimiento y para la construcción de la cosmogonía circular de «La rueda de la vida». La unión de conocimiento y poesía se proyecta en la propia reconstrucción de una cosmogonía en que el entendimiento del mundo y del hombre en el mundo se abrazan. Esta cosmovisión se nutre de la filosofía presocrática, de Parménides y de Empédocles, pero también del Empédocles que habla por boca de Hölderlin y de los poetas filosóficos que, como Nietzsche, tratan de explicarse la realidad a través del lenguaje poético, esto es, de la metáfora certera.

De esta manera, entre la poetización de las historias del profesor Fadigati, del escritor André Guide y del fotógrafo Mapplethorpe, se imbrica la reconstrucción de la cosmogonía de «La rueda de la vida». Esta cosmogonía guarda numerosas concomitancias con el orfismo, el pitagorismo, y la metempsicosis, pero bajo el influjo del idealismo alemán. Así comienza el poema inicial de *La Isla* titulado «La Isla o los versos del mundo»:

I  
Dicen viejas historias  
[...] que existe una antesala para entrar a este mundo;  
[...] Un mundo antes del mundo para el hombre,  
sin ninguna estación del regocijo o la melancolía.

Al espíritu humano, anidado en la sombra,  
no le gusta la espera inhabitable, la angustia contenida,  
[...] Y desde el descontento del vivir sin vivir,  
llama con una mano sin forma  
a una puerta sin dimensión  
para abrirse a la temporalidad de la vida.  
Entonces se proyecta, desde su estado previo,  
al incendio del ser, al centro del sentido,  
al ansioso habitar bajo la enorme bóveda celeste  
de estrellados ensueños;  
y se inicia la ronda de la vida.  
Bajan unos tras otros los hombres, a habitar en este mundo. (Pujante, 2002: 11-12)

Y dice más adelante:

Caen las almas al mundo, una tras otra,  
sobre el roto escalón de lo imprevisto.  
Soportan chaparrones —porque han querido hacerse con la vida, entenderla—,  
llevan con gusto a cabo la batalla diaria,  
se someten al cambio constante de la suerte y de los otros.

Nuevas almas gozosas, obsesionadas o desencantadas,  
que vienen a nacer y a crecer fuertes  
en la continua ronda del vivir. (Pujante, 2002: 13)

Y en la sección tercera de este poema inicial continúa aclarando el misterio de las transformaciones de las almas:

Por recorrerla un día, supo Empédocles  
que la sangre y el aire circulan alternándose en las venas;  
supo que un día somos leones y otro somos  
verde laurel entre los altos árboles,  
y joven, y muchacha, y pájaro, y también  
el silencio del agua:  
el misterio de las transformaciones de las almas,  
un misterio que secundó Platón, y Telesio, y Giordano  
Bruno y Matthew Arnold  
y el insigne Hölderlin.  
Por ellos, y con voces que no nombran,  
se transmite el saber más verdadero. (Pujante, 2002: 20)

Así, en el último poema de *La Isla*, titulado «La rueda de la vida», varios personajes (Mapplethorpe, Jaime Gil de Biedma, Fadigati o André Guide) despiertan del «falso sueño eterno de la muerte», y se dice lo siguiente, recreando también el mito platónico del amor:

Hay un perenne ir y venir de vida.  
Hay un embriagante renacer  
[...] a la búsqueda  
del otro, que sabemos que está ahí,  
que un día fue con nosotros la perfección y ahora  
no damos con él porque todo va y todo viene, y cambia,  
y lo mismo que nos da el gozo, nos aniquila,  
y sigue y sigue. (Pujante 2002, 124)

Y, al hilo de lo anterior, la concepción empedoclea romántica del *yo espiritual* también se condensa en unas palabras en boca del poeta Lord Byron en «Soflame de Lord Byron al incinerar a Shelley» de *Galería*:

¡Que la muerte no existe!  
¡Solo existe el instante, el breve instante,  
de la transformación  
hacia otras vidas! (Pujante, 2020: 101)

Sin embargo, aunque las artes son alivio para el espíritu, no satisfacen la angustia existencial del hombre meditativo y sensitivo que ha conquistado el saber y la consciencia, en fin, del animal despierto:

Pero al atardecer de las conquistas  
estaban impregnados sus deseos  
con los lodos de la crueldad fatal y la autodestrucción.

[...] Y aunque trazara ansioso, en su nueva miseria de deseos,  
sendas por la esperanza,  
—con semillas de fe o de bondad,  
con milagros de amor a las otras criaturas de su stirpe,  
con músicas hermosas y apacibles que aduermen los insomnios,  
con la grandeza lírica de místicas rebeldes—  
nunca pudo, jamás, nunca hasta ahora  
ha podido abortar el agujero negro de la cruda existencia,  
del horror primigenio. (Pujante, 2013: 17)

Ninguna de las artes, ni los deseos, ni las creencias, por tanto, resuelven plenamente el horizonte de la pregunta por lo trascendente. A pesar de saberse vivo, de creerse un dios tras su conquista del conocimiento, de la reflexión, de la razón y de la palabra, el animal despierto sigue arrastrando una negra sombra: el nudo de las preguntas irresueltas, el horizonte trascendente sin resolver. El hombre se encuentra perdido en medio de un oscuro caminar por la vida a pesar de adquirir el estado de *autoconciencia*. Esta idea poética abre *Animales despiertos*:

Porque el ángel antiguo huyó y vino el tiempo  
de encontrarse perdido  
el animal despierto  
en medio de un oscuro caminar por la vida. (Pujante, 2013: 14)

Durante este periplo, el *yo espiritual* toma conciencia de sí mismo tras hacerse con el fruto del conocimiento, al tiempo que se le presenta la llamada de Tánatos, pues junto con el principio biófilo (Eros) se encuentra el destructor, el tanático (Pujante, 2017):

Que desde entonces,  
en su peregrinar de ceniza y crepúsculos,  
el hombre es un zahorí de ecos por las sombras;  
y va mirando todo  
desde la orilla sola de lo humano;  
y en los *maelstroms* del agua de la vida  
persigue el fuego quieto de su origen, la inocencia,  
la paz de alguna forma,  
el sueño que lo llama desde Aquel Otro Lado  
con magnético acento,  
para cerrar el Círculo  
y volver a la paz de la inconsciencia, de la piedra. (Pujante, 2013: 18)

Y, al mismo tiempo, en el transcurso de su despertar el *yo espiritual* experimenta el sinsabor del naufragio hecho carne. En *Animales despiertos* el naufragio como truncamiento prematuro de la vida aparece por primera vez como una realidad íntima con el poema «La pérdida de Palinuro». En esta composición se poetiza la «muerte espiritual» del poeta Antonio Durá. Los dioses son quienes deciden nuestro hundimiento. Así sucede en el caso de este

Palinuro y, en paralelo, en el caso de Antonio Durá, tragado por las aguas de una pasión destructora que deja la barca del poeta sin gobierno. Esta recreación personal de un motivo clásico transmite de manera explícita una experiencia y un sentimiento universal: la pérdida de un compañero de viaje. Reproducimos sus fragmentos esenciales para comprender lo dicho en este párrafo:

Duermen profundamente tus remeros.  
[...] Sigue lenta y segura la flota su camino.  
[...] Viene el dios en tu busca,  
mísero Palinuro, dulce amigo  
que hoy te llamas Antonio;  
te viene a destruir.  
[...] «Deja en manos del dios el gobernalle  
del barco de tu vida maltratada».  
[...] No suelta el timón tu mano enfebrecida todavía.  
[...] Has caído de cabeza en las aguas oscuras  
y ni tus compañeros te vemos naufragar.  
[...] ¿Cuándo sabrá tu fiel amigo Eneas  
(hoy se llama David)  
que la nave navega a la aventura,  
sin piloto, y no hay tiempo para el reencuentro, solo  
para gemir amargamente con  
el alma traspasada  
por la desgracia infértil del amigo? (Pujante, 2013: 31-33)

El despertar del *yo espiritual* se cierra en *Animales despiertos* con la incógnita de si lo vivido es realidad o sueño, desprendiéndose del conocimiento adquirido al menos una certeza:

Sabemos de este fuerte nudo que nos ata,  
del gozo y la desdicha del amarre a la vida  
la vida, este noray que un día se hace arena  
y nos deja enfrentados al muro negro, al agua inmóvil, a la calma perfecta.  
Solo esto sabemos. Pero esperamos más. (Pujante, 2013: 69)

#### 1.2.4 EL RETORNO A LOS ORÍGENES DE LA PRECONSCIENCIA O TIEMPO PETRIFICADO DE PLENITUD Y FELICIDAD QUE OTORGA LA INFANCIA<sup>17</sup>

El *yo espiritual*, ya animal despierto, muestra su perplejidad ante la poca certeza que se tiene sobre el destino del viaje que iniciamos al nacer. Así habla en *El sueño de una sombra*, concretamente en «La poesía de a diario»:

Hacemos la poesía de a diario  
—la de carne o de letra, ¡qué más da!—  
para dejar constancia

<sup>17</sup> Sobre esta idea poética, véase el «Aviso» del autor en Pujante (2019: 151).

de todas las perplejidades vivas,  
del viaje que nunca soñamos iniciar, y aquí tenemos;  
este viaje tozudo,  
que a veces nos levanta y a veces nos derriba,  
tregua a tregua,  
sin saber si nos lleva a alguna parte. (Pujante, 2019: 21)

Y sabiéndose vivo y despierto trata de reconstruir el cordón umbilical que nos une con la naturaleza desde el instante primero de nuestra existencia, una unión que va degradándose conforme vamos creciendo y adquiriendo nuevos conocimientos: la *paradoja del desaprender* (Pujante, 2019: 152). Esta unión con el mundo parece resolverse con el retorno a los orígenes, el regreso al inicio del periplo, una idea poética que ya aparece prefigurada durante su estancia en *Estación marítima*:

porque ir a los orígenes puede ser un camino,  
y porque sin duda estoy en esta nueva estación marítima  
por algo. Y no cejo en mi seguridad, para no desesperar. (Pujante, 1996: 13)

Con todo, es en *El sueño de una sombra* donde esta vía se presenta como luminaria. Este libro poético se abre con la parte titulada «Crónica del desterrado» donde se trasmina el tema de la expulsión del paraíso de la infancia. Y «En el tiempo de la claridad», tercera parte del libro, se poetizan mediante la memoria «estampas sobre la preconsciencia, sobre el don, sobre la iluminación», es decir, la relación originaria con el mundo. Tras «tan solo vivir para el conocimiento, para la reflexión», en el atardecer de su periplo, el *yo espiritual* se pregunta qué fue de la «puerta del principio», «de la luminosidad sin mancha de aquel tiempo», «del asombro primigenio». Ahora siente la necesidad de «recomenzar la infancia», como se muestra en la segunda composición del poema «El loco»:

El loco prontamente cedió ante las razones.  
No barruntó que el hombre es un dios cuando  
sueña y un pordiosero cuando reflexiona<sup>18</sup>.  
Y ahora que necesita recomenzar la infancia,  
mirar a los inicios, recuperar de nuevo lo  
perdido, para darle sentido al sinsentido, no  
es posible marchar atrás en la existencia.  
Ya fue la plenitud y no lo supo. (Pujante, 2019: 112)

---

<sup>18</sup> Frase romántica por antonomasia acuñada por el poeta del romanticismo alemán Friedrich Hölderlin, a quien alude el título del poema con un tono de complicidad.

Este retorno a los orígenes y la remembranza de sus padres adquieren una identificación vida-poesía sin parangón hasta el momento con los poemas «Fotografía a los cuatro años» de *El sueño de una sombra* y «El muchacho de Cross Plains prepara su revólver» de *Galería*, poema que entronca y es continuación del periodo creativo de la última parte de *El sueño de una sombra*, «La espera» (Pujante, 2020: 8). Reproducimos el inicio del monólogo del personaje Howard de «El muchacho de Cross Plains prepara su revólver»:

«¿Fui feliz en mi infancia  
y no lo supe?  
»Ha transcurrido el tiempo  
—¡tiempo inmisericorde, destructor!—  
y ahora le pido al sueño cada noche  
que, con sus tenues hilos,  
reconstruya un pedazo de aquel mundo infantil,  
aún sin discordias.  
»Busco la mano firme de mi padre  
entre las suaves olas de la noche.  
La mano, aún más firme, de mi madre  
en el negro latido de las horas.  
¡Y se han ido! ¡Se han ido para siempre!  
Su sombra protectora  
cubre un silencio amable que acaricia.  
Pero no basta.  
Adusto, en la distancia,  
mi padre aún está ahí, como un terrón herido,  
casi nada, una roca sin rebordes.  
Y mi madre se acaba de marchar.  
Fueron todo mi mundo.  
Cuatro pilares de aquel tiempo augusto,  
que en mis noches sin tino me abandonan. [...]» (Pujante, 2020: 104-105)

No obstante, en la parte final de *El sueño de una sombra* el *yo espiritual* logra experimentar un momento de lucidez por medio del sentir poético y de la liberación del sentimiento:

El tiempo se desdora,  
el pensar se deslía,  
el sentir ha estallado.  
Por un momento vuelve a los inicios,  
vuelve al entendimiento primigenio. (Pujante, 2019: 135)

Una experiencia similar a la que siente María Zambrano en la poetización de su último aliento en el poema «María Zambrano piensa su último aliento» de *Galería*:

«Cuando intento entender, ya todo se me apaga;  
y si esbozo palabras, todas se desparraman,  
todas se me deshacen.  
»Pero aún, si palpo, indago.

Toco el mar y se alegra.  
Miro, y se abre la niebla en el paisaje. [...]» (Pujante, 2020: 102)

### 1.3. EL TIEMPO DE LA ESPERA Y DEL *CIERRE DEL CÍRCULO*

Ya desde los poemas «Emily Dickinson», «Anton Webern» o las «Las edades», todos ellos de *La propia vida*, aparece el tema de la muerte, el destino y la inclinación hacia los personajes con trayectoria trágica. En *Animales despiertos*, por su parte, el retorno a los orígenes, que parece ser alcanzable solo con la muerte, se presenta como *el Cierre del Círculo*:

para cerrar el Círculo  
y volver a la paz de la inconsciencia, de la piedra. (Pujante, 2013: 18)

Esta misma idea del *Cierre del Círculo* con la muerte reaparece en el atardecer del *yo espiritual* con motivo de su reflexión sobre el comienzo del vivir como principio del fin y de la muerte como *Cierre del Círculo*, esto es, el vínculo indisoluble de Eros y Tánatos. Así se pregunta el *yo espiritual* acerca de la muerte en el poema «*Mors ultima linea rerum est*»:

¿Está desde el comienzo  
para cerrar el círculo  
de este dubitativo deambular que no puede  
prolongarse indefinidamente? (Pujante, 2019: 135)

Durante el viaje de la vida, tras el atardecer llega la noche; una noche sin fin que tizna al *yo espiritual* de reflexión existencial y temporal ante el «acecho del tigre de la muerte». Se trata de la llegada del tiempo de la espera. El *yo espiritual* presiente el acecho de la muerte, como se presenta en el poema «*Mors ultima linea rerum est*» de «La espera» en *El sueño de una sombra*:

En el silencio acecha  
el tigre de la muerte  
como un rayo dormido,  
tras la puerta simbólica.  
*Que la muerte es el límite de todo lo terreno.* (Pujante, 2019: 133)

El inminente naufragio despierta el anhelo de un regreso a los orígenes para emprender una nueva partida. Reproducimos el poema «Una noche sin final», también de la parte final «La espera» en *El sueño de una sombra*:

¡Pues nos traspasa el tiempo con su flujo,  
en el que navegamos (nos ahogamos)  
desde que amanecemos en su río implacable,  
desde que supusimos que somos porque estamos  
en permanente huida, y parar es morir!

¿Cómo volver los remos,  
cómo remar dos veces en la misma carrera?  
¡Volver sería lograr insistir en el gozo  
y nos está prohibido! (Pujante, 2019: 129)

Y el *yo espiritual* sigue preguntándose, sin respuesta todavía, si habrá una nueva navegación:

¿Habrá continuación, tras la obligada caída?  
Esa pregunta aún no corresponde.  
Tan solo importa el miedo: (Pujante, 2019: 133)

Entre tanto, la presencia de las suaves olas de la noche acrecienta el miedo al naufragio y sobrevuela la idea de suicidio como solución heroica y ficticia al desgarramiento existencial del *yo espiritual*. Esta idea, tan del gusto romántico, aparece de manera latente y circular a lo largo de la creación poética de David Pujante conformando una especie de *gradatio*. Su primera aparición, sin abandonar el espacio simbólico marítimo, es aludida con motivo de la misteriosa Emily Dickinson en *La propia vida*: «Y la idea de muerte le era una ola de paz acariciante». (Pujante 1986, 69). En *Estación marítima*, por su parte, la idea de suicidio aparece como solución al dolor íntimo producido por su desarraigo espacial y espiritual. Esta idea surge inserta en torno a algunos personajes de la historia (Otto Weininger, o Heine) y a sus espacios urbanos (París y Viena), como se aprecia en el poema «Abandoné mi tierra hace tres años». Y finalmente en el poema «El muchacho de Cross Plains prepara su revólver» de *Galería*, de nuevo a través de la máscara poética, aflora esta idea con la poetización del suicidio de Robert Ervin Howard:

Y Robert Ervin Howard abandonó la casa.  
Y el revólver sonó en mitad del silencio inesperado,  
del cielo más azul, del más radiante sol. (Pujante, 2020: 107)

El *yo espiritual*, al fin, siente que la navegación de la vida es una ilusión, una sombra, una ficción, ese sueño que es la propia vida. Todo es sueño: el sueño de la vida, el sueño de la muerte, el sueño del hombre, en fin, el sueño de una sombra. Así se siente: «Como un extraño he llegado, / como un extraño me marchó»<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> Se trata de un verso del poeta Wilhelm Müller perteneciente a unos poemas que inspiraron al compositor Franz Schubert para crear su ciclo de lieder titulado *Winterreise* («Viaje de invierno»). Esta composición musical —explicada por David Pujante en una conferencia titulada «La navegación de la vida y el miedo al naufragio» con motivo del curso «El miedo» impartido en la Universidad de Valladolid (octubre de 2018)— representa un complejo mapa de significados psíquicos semejante al de las pinturas de Caspar David Friedrich. Véase, a este respecto, el ensayo titulado «*Viaje de invierno*» de Schubert: *Anatomía de una obsesión* del escritor Ian Bostridge.



La creación poética de David Pujante, en suma, encarna la equilibrada simbiosis entre el innato espíritu del desengaño español, el cultivo de la sensibilidad procedente de la cultura germánica y del romanticismo alemán, y el gusto por el vitalismo de la épica, todo ello transmitido desde su íntimo espacio, tiempo y sentimiento.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ballon Villanueva, Rodrigo (2018): «Apocatástasis: la relación Dios-criatura en el retorno erigeniano», *Enrabonar: an international journal of theoretical and practical reason*, 1: 25-34.
- Beierwaltes, Werner (1979): *Proklos: Grundzüge seiner Metaphysik*, Frankfurt, Klostermann, 1979.
- Bostridge, Ian (2019): «Viaje de invierno» de Schubert. *Anatomía de una obsesión*, traducción al español de Luis Gago, Barcelona, Acantilado.
- Díez de Revenga, Francisco Javier (1996): «La poesía desarraigada de David Pujante», *Murgetana*, 93: 105-112.
- Gersh, Stephen (1979): *From Iamblichus to Eriugena. An Investigation of the Prehistory and Evolution of the Pseudo-Dionysian Tradition*, Leiden, Brill.
- Hegel Wilhelm Friedrich, Georg (2009): *Fenomenología del espíritu*, edición y traducción al español de Manuel Jiménez Redondo, segunda edición revisada, Valencia, Pre-Textos.
- Martín Velasco, Juan (1994): *Espiritualidad y mística*, Madrid, Ediciones S. M.
- Pujante, David (1986): *La propia vida*, Murcia, Editora Regional de Murcia.
- Pujante, David (1996), *Estación marítima*, Madrid, Huerga y Fierro.
- Pujante, David (2002): *La Isla*, Valencia, Pre-Textos.
- Pujante, David (2003): *Itinerario*, Murcia, Editora Regional de Murcia.
- Pujante, David (2013): *Animales despiertos*, Sevilla, Renacimiento.
- Pujante, David (2017): *Eros y Tánatos en la cultura occidental: un estudio de tematología comparatista*, Valencia, Calambur.
- Pujante, David (2019): *El sueño de una sombra*, Valencia, Calambur.
- Pujante, David (2020): *Galería*, Valladolid, Ediciones Universidad de Valladolid.
- Reale, Giovanni (2000): «Fundamentos, estructura dinámico-relacional y caracteres esenciales de la metafísica de Plotino», *Anuario Filosófico*, 33: 163-191.
- Zambrano, María (2004): *Pensamiento y poesía en la vida española*, edición de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, Biblioteca Nueva.



## SOBRE EL AUTOR

### *Adrián Velasco Sainz*

Graduado en Español: Lengua y Literatura y en Estudios Clásicos por la Universidad de Valladolid, es becario de colaboración del Departamento de Literatura Española, y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de esta Universidad. Sus intereses literarios se centran en la poesía y el teatro del Siglo de Oro, la tradición clásica, la prosa y la poesía española contemporánea. Es colaborador del proyecto *ETSO (Estilometría aplicada al Teatro del Siglo de Oro)*. Asimismo, en los dos últimos años ha participado en la organización del Festival Olmedo Clásico.

**Contact information:** correo electrónico: [adrianvelascosainz@gmail.com](mailto:adrianvelascosainz@gmail.com)